

Última lección de un maestro de la ética

Javier Muguerza, faro de varias generaciones de filósofos españoles, muere a los 83 años

FRANCESC ARROYO, Barcelona
Se fue Javier Muguerza, una de las figuras más descolantes de la filosofía española de las últimas décadas. Nacido en Coin (Málaga) en 1936, su padre fue asesinado en los primeros compases de la Guerra Civil, un episodio al que nunca le gustó referirse en público. Instalado en Madrid, tras estudiar en el Colegio del Pilar y en el Estudio, inició la carrera de Derecho en 1954 pero terminó decantándose por la de Filosofía. Comprometido con el antifranquismo, amplió estudios en Alemania en 1964 y un año más tarde se doctoró con una tesis sobre Gottlob Frege, uno de los padres de la lógica matemática y la filosofía analítica. Fue uno de los grandes introductores de esa corriente en España. Su monumental *La concepción analítica de la filosofía* supuso en 1974 un hito en un panorama en el que el pensamiento académico llevaba, con excepciones, décadas dominado por la escolástica y la tradición católica.

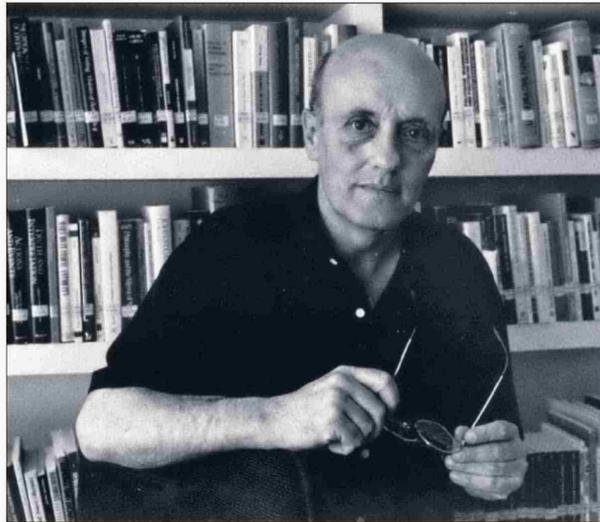
El mismo año de su doctorado, Muguerza fue contratado como ayudante en la cátedra de José Luis Aranguren, cuyos seminarios había frecuentado como estudiante hasta el punto de determinar su orientación hacia su otro gran campo de reflexión: la Ética. Renunció al puesto a los pocos meses en solidaridad con su maestro, expulsado de la universidad junto a García Calvo o Tierno Galván, comprometidos con las reivindicaciones estudiantiles de 1965.

Tras pasar por las universidades de La Laguna y Autónoma de Barcelona, fue catedrático de Ética en la UNED hasta su jubilación. Abandonó la docencia a los 70 años. Cuando cumplió los 80, se editó un volumen titulado genéricamente *Diálogos con Javier Muguerza*, cuenta con edición en papel (más de 750 páginas) y otra electrónica gratuita, disponible en la web de la revista *Isegoría*, en la que participó activamente hasta que no pudo ya hacerlo.

Teoría analítica

Muguerza pasará a la historia del pensamiento español tanto por su obra como por ser uno de los introductores del llamado pensamiento analítico. Pero su obra no se agota ahí: frecuentó también de modo fructífero a los herederos del marxismo, en especial la Escuela de Fráncfort y Ernst Bloch, y sobre todo, retomó la figura de Kant, en coincidencia con otros autores españoles (Adela Cortina) o extranjeros (Axel Honeth). Con todos ellos participaba del convencimiento de que la filosofía no puede vivir en una torre de marfil sino que tiene como función principal la organización de la convivencia.

En *Desde la perplejidad* (1990) apuntaba que "ya no es posible ser modernos, ni racionalistas, ni racionalistas, sin una buena dosis de perplejidad", pero lo hacía sin dejarse tragar por la ola conservadora y posmoderna de la época: "Los filósofos haríamos un flaco favor no ya



Javier Muguerza, en 1991. / MIGUEL GENEZ

AMELIA VALCÁRCEL

Trajo con él la gracia

Javier Muguerza estableció para sí una vida de filósofo a la que concursó con una extraordinaria inteligencia plena de diversidades. Quiero decir que podría haber sido cualquier cosa a la que se hubiera determinado. Tenía la capacidad de entender al momento los conceptos más abstrusos y esto lo acompañaba con un sentido perfectamente muelle de la existencia.

Él decidió hacer un puente entre Aranguren y la joven filosofía española y lo asentó con firmeza. Toda una generación filosófica, más, dos, quizá hasta tres, dependieron de su inmensa capacidad de poner de acuerdo a gentes que padecían una enorme orfandad de pensamiento en una España todavía seca y madrastra. Ver aparecer a Javier era saber que empezaba a correr aire fresco.

Era capaz de levantarles el gris a nuestros metafísicos, estrechar amistad con los

a la filosofía, sino al pensamiento humano sin más, si nos entregáramos al irracionalismo, pues la renuncia a la fuerza de la razón o su desarme —y hasta su *debilitación*, para decirlo con la fraseología de quienes dan la sensación de confundir la higiénica reacción contra la ampulosidad de la razón con su avitaminosis— no equivaldría sino al sometimiento a la razón de la fuerza que nos acecha por doquier".

En una de sus últimas visitas a la Universidad de La Laguna aprovechó para enlazar ambos campos al hilo de la crisis y de la aparición de los movimientos de protesta conocidos como 15-M. Estaba, decía, a favor del diálogo

que iniciaban, del derecho a la disidencia, y les animaba a "romper con el pensamiento hegemónico", a condición de que no pretendieran encumbrar otro. Pero les alertaba contra un "no nos representan demasiado rotundo" porque "con arreglo a ciertas reglas, si nos representan".

También se manifestaba, enlazando con Pi i Margall y Saramago, como convencido confederalista, sugiriendo que la solución confederal era la adecuada para España y Portugal. Y aprovechaba para evocar un poema de Jaime Gil de Biedma, que decía que la historia de España es la más triste de todas porque acaba mal, para añadir que pese a todo, pese

a que "España es un país hecho de retales", él preferiría que siguiera unido, sumando a los portiguenses, un sector de cuya izquierda ha sido tradicionalmente iberista.

A esas reflexiones sobre el presente llegaba por la vía kantiana: el individuo como base de la moral, pero un individuo de raíz universal, cosmopolita. Se puede aceptar la propuesta habermasiana del consenso como objetivo, pero ese consenso se obtiene a través de las reglas de las mayorías y la decisión moral última, en la medida en que es autónoma, es necesariamente individual. Se acepta pues el consenso, pero se retiene el derecho al disenso.

Tres títulos fundamentales

La concepción analítica de la filosofía (1974). Javier Muguerza se doctoró en 1965 con una tesis sobre Gottlob Frege, uno de los padres de la filosofía analítica. Nueve años más tarde publicaría una selección de textos de autores de esta escuela como Bertrand Russell, Moritz Schlick o Rudolf Carnap.

La razón sin esperanza (1977): "La filosofía moral, política y social no puede renunciar a la utopía", escribe en este ensayo de autocrítica de la razón analítica. En su opinión, la filosofía moral no se ocupa del ser sino del deber ser.

Desde la perplejidad (1990): En estos ensayos sostiene que "ya no es posible ser modernos, ni racionalistas, sin una buena dosis de perplejidad". Pero lo hace sin ceder al pensamiento débil posmoderno: "Lo que hay que hacer no es renunciar a la razón, sino solo a escribirla con mayúscula".

solventes y necesarios: Habermas, Rawls, Ferrater. Siempre escribía en mayúsculas.

Javier Muguerza también apoyó decididamente el feminismo filosófico español y a las filósofas españolas: Camps, Amorós, Cortina, yo misma, le debemos mucho. Aunque el feminismo lo apoyaba, decía, por su amor a las causas perdidas. Porque así era él, un poco dandi. Capaz de fascinar a sus oponentes y de asombrar a sus amigos.

La ética española, la filosofía moral, le pertenece por entero. Todos somos criaturas suyas. Nos fue encontrando por los caminos. Una madura profesora de la UNED nos iba clasificando porque sostenía que Muguerza hacía safaris y de vez en cuando se traía jirafas. Él disfrutaba con el talento y ha dejado los lazos que ya existen entre la filosofía que habla español en América y en la Península, ha construido un discípulo enorme, enormemente variado sin llegar a heterocéfalo que forma una de las corrientes más vivas y creativas del ahora. En esa gracia un poco ácrata que tuvo desde la explicación de esta capacidad suya de hilvanar lo diferente. Su magisterio todos lo admitíamos. Para todos es evidencia que se nos ha ido el mejor amigo.

Otro asunto, que él apuntó reiteradamente en artículos y conferencias pero no desarrolló de modo sistemático, es la base metafísica de ese individualismo ético. Francisco Álvarez y Carlos Gómez recordaban, con motivo de la aparición del libro de homenaje a sus 80 años, que la idea kantiana del hombre como fin en sí mismo no es empírica y que tal vez necesite de una justificación que Muguerza no acabó de desarrollar. Pero seguramente eso es lo que hacen los grandes: abrir caminos con la propia obra y señalar que quedan amplios derroteros que explorar para quienes llegan más tarde "dulcemente empujando".